

ERIC-EMMANUEL SCHMITT

CONCIERTO
A LA MEMORIA
DE UN ÁNGEL



RELATOS

booket

Eric-Emmanuel Schmitt

Concierto a la memoria de un ángel

Traducción de Zahara García González

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Concerto à la mémoire d'un ange*

© Éditions Albin Michel, 2010
© por la traducción, Zahara García González, 2014
© Ediciones Destino, S. A., 2014
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket /Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Patrice Barnabe / Getty Images
Primera edición en Colección Booket: mayo de 2014

Depósito legal: B. 6.232-2014
ISBN: 978-84-233-4755-1
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La envenenadora

—¡Cuidado, que llega la envenenadora!

El grupo de niños se quedó paralizado de repente, como un puño que se cierra. Corrieron a refugiarse al fondo del lavadero, bajo el banco de piedra, un rincón frío y sombrío que permitía ver sin ser visto; allí, regocijándose en el susto, los chavales contuvieron la respiración.

Bajo el sol de mediodía, Marie Maurestier atravesó la calle. Era una mujer alta de unos setenta años, lenta, arrugada, limpia, tiesa y a menudo enojada. Almidonada en un traje de chaqueta negro que se le ceñía a la altura de la cintura, avanzaba con paso parsimonioso, tal vez porque temía el calor o tal vez porque sus hinchadas articulaciones enlentecían su crispado caminar. Se balanceaba con una majestuosidad desmañada que la hacía imponente.

Los niños murmuraron:

—¿Creéis que nos ha visto?

—Venga, ¡demos un grito para asustarla!

—No seas idiota. A esa no la asusta nada ni nadie. Eres tú el que debería estar aterrorizado.

—Yo no tengo miedo.

—¡Si haces algo que no le gusta, te liquidará! Como a los otros.

—Te digo que no tengo miedo...

—Pues sus maridos eran más fuertes y más robustos que tú.

—¡Bah! Aun así, no tengo miedo...

Prudentemente, dejaron que Marie Maurestier se alejara, evitando toda exclamación o cualquier otra broma pesada.

Veinte años antes, después de dos procesos, la justicia había sobreseído el caso y Marie Maurestier salió de la cárcel, donde había estado internada en prisión preventiva. En Saint-Sorlin, la mayoría de los habitantes del pueblo creían que Marie Maurestier era inocente, excepto los niños, que preferían cruzarse con una asesina y hacer de su vida algo peligroso y maravilloso. Ahora bien, la razón por la que los adultos creían en la no culpabilidad de Marie Maurestier tampoco era mucho más racional: los lugareños no soportaban la idea de tener que relacionarse con un asesino en libertad; de darle los buenos días, de compartir sus calles, sus comercios y su iglesia con una homicida; para poder estar tranquilos, necesitaban que fuera honrada, como ellos.

Nadie en el pueblo la quería de verdad, ya que la dama, orgullosa, reservada y hábil en el empleo de réplicas mordaces, no despertaba simpatía ni cariño, aunque todos se alegraban de la notoriedad que había aportado al municipio. «La envenenadora de Saint-Sorlin», «la diabólica de la región del Bugey», «la Mesalina de Saint-Sorlin-en-Bugey»... durante una larga temporada, estos escandalosos titulares abrieron las ediciones de periódicos, radios y televisiones. Tanto ruido acabó por llamar

la atención de los curiosos y, a pesar de que todos opinaban que aquel interés era enfermizo, el nombre de Saint-Sorlin de pronto estaba en primer plano. Aquella repentina fama incitaba a los conductores a abandonar la autopista para acercarse a tomar algo al café, a picar algo al hostel, a comprar una barra de pan a la panadería o a hojear la prensa, con la esperanza de poder ver a Marie Maurestier. Los curiosos se sorprendían de que un pueblo tan bonito y apacible, sembrado de pilones que recogían el agua de las fuentes y de muros de piedra que al llegar el buen tiempo se cubrían de miles de rosas o de eglantinas, que una población arrullada por un meandro del Ródano donde abundaban las truchas y los lucios, hubiera podido albergar un alma tan negra. ¡Qué publicidad más paradójica! Si aquella villa de mil habitantes hubiera tenido una oficina de turismo, no habría podido inventar nada mejor que Marie Maurestier para promocionarse; de hecho, un día, el alcalde, encantado con aquella afluencia de turistas y en un arranque de entusiasmo, ¿no había llegado a declararle a Marie Maurestier que él era «su fan número uno»? No hace falta decir que la dama extinguió todo aquel fervor con una mirada fría acompañada de un silencio hostil.

Con su cesta de mimbre colgada del brazo, Marie Maurestier pasó por delante del hostel sin desviar la mirada hacia el interior, pues sabía que, tras aquellas ventanas de cuadraditos verdosos, los clientes la escuchaban con la nariz pegada al cristal.

—¡Es la asesina!

—Qué altiva se la ve...

—¡Más estirada que un espantapájaros!

—¡Ay, y que haya hombres que han muerto por algo así!

—Pero si la exculparon...

—¡A uno solo lo exculpan cuando es culpable de algo, cariño! Hace un rato he estado charlando con el dueño del restaurante y al tirarle de la lengua me ha dicho que cuando el río suena, agua lleva...

Aunque los habitantes del pueblo en realidad la consideraban absuelta, permitían que la duda planeara en el aire, pues tampoco era cuestión de desanimar a los visitantes privándoles de aquella atracción. Sin hacerse de rogar, pero con discreción, indicaban a los turistas el camino que Marie Maurestier tomaba todos los días, cómo empleaba su tiempo, sus costumbres, les señalaban su casa en lo alto de la cuesta... Y cuando los visitantes les preguntaban si creían que era culpable, ellos respondían con un prudente «¿Quién sabe?».

Por lo demás, ellos no eran los únicos que alimentaban el misterio: con cierta regularidad, la televisión emitía reportajes que reconstruían el destino de Marie Maurestier, subrayando sus ambigüedades y sus zonas oscuras. Aunque los periodistas estaban obligados a informar de la decisión de la justicia —si no, el abogado de Marie Maurestier los obligaba a pagar unas multas de aúpa—, siempre dejaban caer que el «sobreseimiento» descansaba más sobre la «ausencia de pruebas concretas» que sobre la demostración de inocencia.

Diez metros más abajo, frente al letrero del tapicero, Marie Maurestier se detuvo y comprobó si su peor enemigo estaba dentro. ¡Ahí lo tenemos! Raymond Poussin,¹ de espaldas al escaparate, con las muestras de tela en la mano, estaba soltando una perorata en honor

1. En castellano, «pollito». (*N. de la t.*)

a una pareja que le había encargado la reparación de un sillón.

«Este cazurro es más bruto que la estopa con la que rellena los respaldos y más feo que el esparto que utiliza», pensó Marie. Le dirigió una mirada dura, sin escuchar su discurso, clavándole todo su odio en la nuca.

—¿La Maurestier, me preguntan? Es la mayor criminal impune de toda Francia. Tres veces se casó con hombres más ricos y más viejos que ella. Las tres veces murieron pocos años después de la boda. Qué mala suerte, ¿verdad? ¡Y las tres veces heredó! Claro que sí, ¿para qué cambiar sus buenas costumbres? Fue con el tercero, Georges Jardin,² buen amigo mío, cuando las sospechas de los cinco hijos motivaron que se abriera una investigación: su padre gozaba de una perfecta salud, pero en cuanto se casó con la bárbara, empezó a debilitarse, tuvo que guardar cama y, dos semanas antes de morir, los desheredó en beneficio de aquella extraña. ¡Aquello era demasiado! Los gendarmes desenterraron los cadáveres de los dos primeros maridos, en cuyos cuerpos los expertos detectaron restos sospechosos de arsénico. La encerraron en la cárcel a la espera de que tuviera lugar el juicio, pero ya era demasiado tarde, tanto para los muertos como para el dinero. ¿Que qué había hecho la viuda alegre con su fortuna? Pues se la había gastado con un amante, Rudy, o Johnny o Eddy, un nombre así, un nombre yanqui. Ah, y ese tipo, en cambio, era joven (no un despojo, como los anteriores), un guaperas, un surfista de Biarritz que se gastó toda su pasta en ropa, en coches y en el casino. Un *gigoló*, el tío, un cazurro, era más tonto que un za-

2. En castellano, «jardín». (N. de la t.)

pato. En fin, no vamos a cargar contra él, que al menos le quitó lo que ella les había birlado a los otros. Y ahora ustedes me dirán que así se hizo justicia... ¡Pues no! También se acabó cargando al *playboy*. Esta vez ya no fue por la guita, sino porque la dejó plantada. Nunca lo volvimos a ver. La Maurestier jura que se largó fuera del país. Pero, en mi opinión, su cadáver se pudre en el fondo del mar con una piedra atada al pie. Solo hay una persona que seguramente conocía sus crímenes, su hermana. Blanche.³ Una chica muy bonita pero un poco tonta a quien su hermana mayor, la Maurestier, siempre había protegido. Por lo visto hasta una alimaña puede alimentar un sentimiento sincero; al fin y al cabo, también hay flores que crecen en la mierda. Sí..., solo que... ¡su hermana también murió! En pleno juicio. Bueno, en eso es cierto que no hay forma de implicar a la Maurestier, puesto que ella estaba en prisión preventiva cuando su hermana la palmó, y además fue en un accidente de avión que pulverizó a ciento treinta y dos pasajeros en un segundo. Una coartada perfecta... ¡Qué potra, en cualquier caso! ¡Cualquiera diría que existe un dios para los villanos! Porque a partir del momento en que su hermana, la boba, que no paraba de contradecirse cuando la interrogaban, haciendo unas veces de testigo de cargo y otras de testigo de descargo, desapareció, la Maurestier y su abogado empezaron a sentirse tranquilos, a salir del pozo, a explicar todas las cosas de una forma que exculpaba a aquella diabólica mujer.

Desde la calle, Marie Maurestier adivinó, por su rubor creciente y el desorden de sus movimientos, que Raymond Poussin estaba hablando de ella. Los clien-

3. En castellano, «Blanca». (*N. de la t.*)

tes, interesadísimos en la historia, no se habían percatado de que la mujer de la que les hablaban estaba de pie ante ellos, detrás de aquel fiscal que no dejaba de imprecicar.

—¡Explotó la muerte de su hermana a fondo, la Maurestier! Llorando como una Magdalena, repetía una y otra vez que, después de todo, casi había sido una suerte que su hermana pequeña hubiera fallecido en aquella horrible catástrofe aérea, porque si no todos la habrían acusado a ella de habérsela cargado. Todo el mundo creía que mataba a aquellos a los que amaba, a sus maridos, a su hermana..., hasta la suponían culpable de un asesinato sin cadáver, el de Rudy, Johnny, Eddy (un nombre de roquero), su supuesto amante, cuando en realidad este había escapado del país para huir de sus deudas o de los oscuros negocios en los que siempre andaba metido. Todo el mundo buscaba pruebas que la incriminaran, la gente quería que fuera culpable a toda costa... Su abogado explotó bien ese argumento, y resultó muy provechoso. Los análisis demostraron que en los cementerios de la región se utilizaba un herbicida con arsénico y que, por lo tanto, cualquier cadáver exhumado tras varios años podría pasar por envenenado, sobre todo si había llovido mucho. Ella y su abogado ganaron el juicio. Atención, damas y caballeros, he dicho bien: ella y su abogado. Ni la justicia. Ni la verdad.

En ese instante, el artesano sintió una aguda punzada en la nuca. Se tocó con la mano, temiendo que le hubiera picado un insecto, y después se dio la vuelta.

Marie Maurestier lo miraba fijamente. El corazón del viejo se alteró y su respiración se detuvo.

Se contemplaron durante unos segundos, ella im-

placable, él aterrorizado. Desde siempre, a Raymond Poussin la cercanía de aquella mujer le había despertado emociones muy fuertes; en otros tiempos incluso creyó que se trataba de amor, hasta el punto de llegar a cortejarla; hoy sabía que era odio.

Después de un largo minuto, Marie Maurestier decidió poner fin al intercambio de miradas, se encogió de hombros y reanudó su marcha como si no hubiera pasado nada.

Erguida, rígida, pasó por delante de la terraza del café, donde su aparición hizo que se silenciaran todas las conversaciones, y después entró en la carnicería.

De nuevo, los chismes cesaron. Se puso a hacer cola modestamente detrás de los demás clientes cuando el patrón, como si obedeciera a un acuerdo tácito, abandonó la tarea que tenía entre manos y la atendió a ella en primer lugar.

Nadie protestó. La gente no solo le reconocía ese estatus particular a Marie Maurestier, sino que en su presencia se volvían pensativos, dolorosamente pensativos. Su leyenda sobrepasaba de tal manera a su persona que no se atrevían a seguir parloteando delante de ella, mucho menos a dirigirla la palabra, solo esperaban que se alejara de ellos lo antes posible.

¿Por qué no se olvidaban de ella? ¿Por qué, a pesar de haber sido declarada inocente, se había convertido en un mito? ¿Por qué la gente seguía hablando, diez o veinte años después, sobre su caso?

Pues porque Marie Maurestier poseía esa ambigüedad esencial que hace soñar al público, esa dualidad sobre la que se cimientan las estrellas: su físico no concordaba con su comportamiento. En la vida corriente, una enfermera que se casa con sus viejos y adinerados

pacientes es más bien una chica bonita, seductora, que resalta sus curvas con vestidos sensuales, de formas generosas en general pero sobre todo en un lugar en concreto. En cambio, Marie Maurestier, aunque joven, nunca había lucido un aspecto joven, y tenía el cuerpo marchito, como si fuera menopáusica antes de la menopausia; además, aquella mujerona caballuna de atuendo severo y rostro hermético se ataviaba con blusas de cuello cerrado, con enormes gafas y con zapatos más robustos que glamurosos. Aquella a la que los gacetilleros describían como una devoradora de hombres tenía el aspecto de una mujer sin deseo y sin sexualidad. ¿Cómo establecer una relación entre aquella fisonomía virtuosa y sus múltiples matrimonios, o su pasión por Rudy, el amante melenudo, fumador de porros, de aspecto deportista y camisa abierta sobre un pecho bronceado? Otra contradicción: para la gente común, una envenenadora, sobre todo si se trataba de una envenenadora reincidente, debía tener unos rasgos agudos y afilados que delataran el vicio, la venganza, la maldad; sin embargo, Marie Maurestier recordaba más bien a una escrupulosa institutriz, o incluso —muy piadosa, ella siempre hacía gala de su fe—, a una profesora de catequismo. En resumen, fuera lo que fuera lo que se contara de ella, su aspecto nunca encajaba con la historia: no pegaba ni con sus amores ni con sus crímenes.

—No hay motivo para que pase por delante de estos señores y señoras —murmuró Marie Maurestier con voz humilde, húmeda, como si fuera la primera vez que le ofrecían aquel privilegio.

—Yo llevo mi tienda como mejor me parece, señora Maurestier —respondió el carnicero con calma—. Y

creo que estos señores y señoras estarán de acuerdo, ¿no es así?

Los clientes asintieron.

—En ese caso, hígado de ternera para mí y un poco de bofes para mi gata.

A su pesar, los clientes escucharon el pedido como si se tratara de la fórmula para un veneno.

¿Acaso el aspecto de Marie Maurestier no resultaba completamente inofensivo?

Al observarla, uno dudaba... En algunos momentos sus ojos grises relampagueaban con una dureza insostenible. Si las miradas mataran, ¡seguro que durante el juicio la suya se habría cargado al juez, al fiscal y a los testigos de cargo! Sus intervenciones fueron cortantes, perentorias: a algunos los trató de imbéciles, a otros de cretinos, de vanidosos...; después despedazó sus testimonios uno a uno; y encima daba en el clavo, con lo que resultaba todavía más formidable. Después de eso era muy difícil recomponer a aquellos a los que había destrozado, nada volvía a crecer en las tierras que ella había incendiado. La inteligencia de aquella mujer que ni siquiera parecía inteligente la convertía en un ser diabólico. Cualquiera que fuera la actitud que adoptara, conseguía perturbar. ¿Culpable? Su severo semblante no delataba el suficiente vicio. ¿Inocente? Su rostro carecía de ternura. ¿Vender su cuerpo a vejestorios? No, para eso haría falta que ese cuerpo fuera deseable, deseado o, como mínimo, deseoso. ¿Amar sinceramente a sus decrepitos maridos? No se veía ni rastro de amor en ella.

La anciana cogió los dos paquetes que le tendía el comerciante.

—Gracias, Marius.

El carnicero se estremeció. Tras la caja registradora, su mujer contuvo un gemido. En boca de Marie Maurestier, el uso del nombre de pila se convertía en algo comprometedor. Aparte de su familia y sus amigos, nadie en todo el pueblo utilizaba con el señor Isidore su nombre de bautismo, ya que no era el tipo de persona que consintiera tales familiaridades. Aturdido, encajó el golpe mientras su mujer, con la mandíbula apretada, le devolvía el cambio a Marie sin atreverse a hacer comentario alguno: ya hablarían más tarde, ellos dos.

Marie Maurestier salió después de desearle a todo el mundo los buenos días. Un murmullo solícito, confuso, le devolvió la gentileza.

En la acera se cruzó con Yvette y con su bebé. Sin saludar a la madre, se abalanzó sobre el recién nacido.

—Buenos días, pequeñín, ¿cómo te llamas? —preguntó con voz melosa.

Con cuatro meses, el bebé evidentemente no podía responder, así que Yvette contestó en su lugar.

—Marcello.

Despreciando de nuevo a la adulta, Marie sonrió al niño de pecho como si fuera él quien le hubiera hablado.

—¿Marcello? Qué nombre más bonito... Muchísimo más elegante que Marcel.

—Sí, a mí también me lo parece —aprobó Yvette, satisfecha.

—¿Y cuántos hermanitos tienes, chiquitín?

—Dos hermanas y tres hermanos.

—Vaya, así que eres el sexto... Eso está muy bien, es un buen número.

—¿Ah, sí? —exclamó Yvette, sorprendida.

Desoyendo la pregunta, Marie continuó la conversación con el bebé:

—¿Y por qué Marcello? ¿Es que tu papá es italiano?

La madre se puso colorada. Todo el pueblo sabía que Yvette se acostaba con cualquiera, así que no debía de conocer la identidad del padre, como tampoco debía de conocer la de los anteriores.

Volviéndose finalmente hacia Yvette, Marie le dirigió una gran sonrisa y entró en La Galette Dorée.⁴ Desde el interior de la panadería, la gente había presenciado la conversación y ahora se sentían incómodos.

Era imposible saber si Marie Maurestier acababa de ser amable o perversa. Cuando Marie Maurestier emitía una opinión, nadie creía que fuera sincera, todo el mundo daba por supuesto que estaba fingiendo. Expresara lo que expresara, ya fuese con gestos o con palabras, lo único que lograba transmitir era el control: dominaba el más mínimo movimiento de sus pestañas, modulaba su voz con virtuosismo, casi parecía fabricar su compasión, su cólera, sus gemidos, sus silencios, sus sobresaltos. Era una actriz fascinante porque podía verse cómo actuaba. En ella, el arte no quedaba oculto para dar la ilusión de lo natural; al contrario, el arte afirmaba su carácter artificial. Teatral, Marie Maurestier no se abandonaba jamás, siempre permanecía consciente de sí misma. Algunos veían en ello la prueba de su falsedad; otros, la expresión de su dignidad.

—¡Media *baguette*, por favor!

Ya nadie compraba media *baguette* aparte de Marie Maurestier; y si alguien se atrevía a hacerlo, el joven panadero, indignado, enviaba al rácano en cuestión a

4. En castellano, «La Torta Dorada». (*N. de la t.*)

freír espárragos. Sin embargo, el día en que le intentó explicar a Marie que él vendía una *baguette* entera o nada, ella le había contestado:

—Muy bien. Cuando sea usted capaz de hacer un pan que no se ponga duro a las tres horas, le compraré una *baguette* cada dos días. Avíseme. Hasta entonces, será media *baguette*.

Mientras esperaba el cambio, una turista no pudo evitar decirle:

—Señora, ¿sería usted tan amable de firmarme un autógrafo?

Marie frunció el ceño, como si fuera a ofenderse, pero articuló con claridad:

—No faltaba más.

—¡Oh, gracias, señora, muchas gracias! La admiro muchísimo, ¿sabe usted? He visto todas sus apariciones en televisión.

Marie le lanzó una mirada que parecía decir «Pobre imbécil», después estampó su firma, le devolvió el cuaderno y se marchó.

¿Cómo llevaba Marie Maurestier aquella fama que los años no conseguían debilitar? Si bien daba la impresión manifiesta de vivirla como una carga, había ciertos detalles por los que se podía adivinar que también la divertía; como ciudadana notable, aceptaba con naturalidad tener un lugar de honor en las fiestas, bodas y banquetes. Cuando los medios de comunicación querían entrevistarla o fotografiarla, llamaba en seguida a su abogado para negociar una remuneración económica. El invierno anterior, cuando tuvo que guardar cama a causa de una virulenta gripe, se alegró secretamente de que los habitantes del pueblo, temerosos de perder a su monumento histórico, fueran desfilando por

su casa para informarse de su estado. Ese verano, una tarde de canícula, se sentó en el café para tomarse un refresco de menta y, al comprobar que no llevaba suficiente dinero, ni siquiera se excusó con el dueño, sino que se contentó con soltarle: «Con el dinero que gana gracias a mí, ya podría usted invitarme.»

Lenta, un poco encorvada, como sobrecargada por su propio cuerpo, dio media vuelta y empezó la ascensión de la pendiente que conducía a su casa. Con el tiempo, el papel de víctima cada vez le salía mejor; ahora ya sabía mantener de forma muy notable la cara de error judicial. Porque es verdad que, al principio, había cometido algunas torpezas: después de su liberación, por ejemplo, una revista de gran tirada la había presentado sonriente, contenta, despreocupada, en su jardín, acariciando a su gata o cortando sus preciadas rosas; un efecto desastroso; por su chocante alegría, no parecía ni una viuda —cosa que sí era— ni una mujer destrozada por años de cárcel injustificada —cosa que se suponía que era—; tan pronto como apareció el reportaje, llovieron los artículos rebosantes de odio, generando dudas, rastreando las zonas de sombra, intentando reavivar la hipótesis de su culpabilidad. Como consecuencia, Marie Maurestier adoptó un comportamiento humilde, una actitud como de gran pájaro herido, y nunca más salió de ahí.

Marie subía la calle alrededor de la cual se había construido el pueblo. Desde lo alto de la colina, por encima de los tejados y de los plátanos pelados, las viñas desplegaban su desoladora regularidad, descarnadas, tristes como un rebaño de vallas, en aquel mes de marzo en que solo la madera tortuosa serpenteaba entre los alambres.

Al pasar por delante de la capilla, se estremeció.

De su interior salía un himno. ¿Cómo? ¿Era posible que...?

Marie se apresuró a subir los escalones tan rápido como su artrosis y los callos de sus pies se lo permitieron, empujó la puerta, las bisagras rechinaron e, inmovilizada ante la escena, dejó que el torrente de música la envolviera como un perfume embriagador, que la rozara, la acariciara, la penetrara.

Un joven sacerdote estaba tocando el armonio.

Era de una belleza pura e indecente. Completamente solo en la nave, con la piel tal pálida como si se acabara de empolvar, los labios dibujados en forma de beso, enmarcado por una luz dorada que se derramaba, cómplice, desde la vidriera hasta sus hombros, todo él resplandecía. Más iluminado que el altar, más seductor que el Cristo crucificado, fuente de los sutiles sonidos que ascendían en volutas hasta las bóvedas, él era el centro de la iglesia. Fascinada por sus manos blancas, que acariciaban las teclas, Marie lo contempló con la misma emoción que si estuviera frente a una aparición hasta que, fuera, el petardeo de un ciclomotor les hizo volver la mirada hacia la entrada.

Al descubrir la presencia de una visitante, el sacerdote interrumpió la música y se levantó para saludarla.

Marie Maurestier estuvo a punto de perder el sentido. Delgado, increíblemente alto, de una virilidad adolescente, su rostro se iluminó al verla, como un amante que se encuentra con su amada. Le faltó poco para abrir los brazos y abrazarla.

—Buenos días, hija mía. Estoy muy feliz de que me hayan destinado aquí, a Saint-Sorlin. Acabo de salir del monasterio y esta será mi primera parroquia. ¿Verdad

que he tenido mucha suerte de haber acabado en un pueblo tan bonito?

Turbada por el terciopelo oscuro y espeso de su voz, Marie farfulló que era el municipio quien debía alegrarse.

Él se le acercó, decidido.

—Soy el padre Gabriel.

Marie sintió un escalofrío. Aquel nombre de ángel contrastaba con el timbre grave de su voz.

—¿Con quién tengo el honor? —preguntó, sorprendido de que ella no se presentara.

—Marie...

Dudó sobre si debía revelarle su apellido. Tenía miedo de que su nombre, que había protagonizado tantas y tantas páginas de la sección de sucesos, enlutara aquel rostro, mancillara aquella sonrisa de niño. Aun así, se arriesgó.

—Marie Maurestier.

—Encantada de conocerla, Marie Maurestier.

Con el aliento entrecortado, constató que no demostraba rechazo —ni desconcierto ni desaprobación— al escuchar su identidad: ¡asombroso! Inaudito... Estaba dispuesto a conocerla tal como era, sin juzgarla, sin encerrarla de antemano en una jaula para animales curiosos.

—¿Viene a menudo a la iglesia, Marie?

—Vengo a misa todos los días.

—¿Y su fe nunca ha sufrido una crisis?

—Dios no toleraría mi inconstancia. Si alguna vez no estuviera a su altura, me pondría en mi sitio en el acto.

Había querido expresar un pensamiento humilde y en cambio se dio cuenta de que había pronunciado una

frase cargada de soberbia. ¡Ponerse al mismo nivel que Dios! ¡Y encima colocada allí por él! El padre Gabriel, después de un segundo de vacilación, supo quedarse con lo esencial del mensaje.

—La fe es una gracia.

—¡Exactamente! Cuando nuestras creencias flaquean, Dios nos patea en el culo para que volvamos a crear.

Hasta ella se había visto sorprendida por su propio discurso. ¡«Nos patea en el culo»! ¿Por qué había empleado aquella expresión tan ajena a su vocabulario? ¿Qué diantres le pasaba? Además, acababa de berrear como si fuera un militar en maniobras, con rudeza, con impetuosidad. ¿Es que tenía necesidad de hacerse el hombre frente a un ser tan dulce? Confusa, Marie bajó los ojos, dispuesta a admitir su falta.

—Bueno, hija mía, ¿la veré mañana en la misa de las siete?

Ella abrió la boca de par en par y después asintió con la cabeza. «Me ha perdonado —pensó—. ¡Qué hombre más maravilloso!»

Al día siguiente, fue la primera en llegar a la iglesia para asistir a la fría misa de la mañana.

Cuando el padre Gabriel salió de la sacristía, con una estola de seda verde sobre su inmaculada túnica, se quedó deslumbrada por un instante: era tan lozano y encantador como lo recordaba. Le ayudó a colocar los reclinatorios, a apartar las sillas que estaban cojas, a arreglar los ramos de flores y a apilar los misales, como si estuvieran organizando juntos una recepción para sus amigos.